

## *Comida y propaganda política en la poesía hispanoamericana: Nicolás Guillén y Pablo Neruda*

MATÍAS BARCHINO

Permítanme una anécdota personal para comenzar esta comunicación sobre comida y propaganda en la poesía hispanoamericana del siglo XX. He estado recientemente en Cuba, donde en las circunstancias actuales de crisis la comida no abunda para muchos, aunque los visitantes y turistas no nos enteremos, encerrados en nuestros hoteles y paladares. Como parte de los actos de celebración del Centenario del poeta cubano Nicolás Guillén algunos participantes en un congreso fuimos a visitar una cooperativa agraria cercana a La Habana, a la que se llegaba tras atravesar un camino rural lleno de consignas revolucionarias. Allí se iba a celebrar una tradicional canturía campesina, una competición de décimas improvisadas en homenaje a Guillén, que fue, como se sabe, muy aficionado y practicante del género. Tras la recepción con el agua de coco ritual regada con ron o la guarapa de caña nos ofrecieron, sólo a la vista por el momento, una inmensa mesa de viandas diversas en gran abundancia —arroz con frijoles, puerco asado, batatas, plátanos y frutas diversas y, al final del todo, una inmensa tarta fosforescente, rosa y amarilla. Aquello, más que una comida era un acto de propaganda y una demostración de la capacidad de producción de una granja colectiva, antiguo monocultivo platanero, que te recibía con consignas revolucionarias por los caminos. Se trataba de mostrar, a fin de cuentas, la capacidad de la revolución cubana para hacer frente a la crisis y a las dificultades del embargo. Después de las palabras de rigor, tocó acercarse a la mesa y se hizo una larga y disciplinada fila para llenar los platos de todas esas maravillas del paladar. Tal exceso —sobre todo porque se quedó ahí la mayoría de la comida vigilada por las moscas— chocaba con los habituales bocadillos de algo parecido a jamón cocido o las indigestas pizzas que los cubanos comen a diario y, desde luego, daba que pensar en torno a la relación tan sutil entre la comida y la revolución, un tema que ha tenido varias proyecciones en la poesía y la literatura hispanoamericana del pasado siglo.

Comida y consignas revolucionarias. Perdónenme, la anécdota personal, pero quiero hablar de la comida y las consignas revolucionarias, o mejor, de la contradicción que se produce a veces entre ambos conceptos, en la obra de escritores que fueron revolucionarios como el mismo Nicolás Guillén, Pablo Neruda, Alberti o Miguel Ángel Asturias, entre otros, que fueron además aficionados a la mesa y escribieron sobre vinos y comidas. Yo sé que esto no va a ser un estudio demasiado académico que exige la ocasión, aunque hay estudios teóricos sobre la cocina y los libros de cocina en relación con la cultura y la

ideología<sup>1</sup>, pero creo que es un tema que merece reflexión porque ha dado lugar a algunas expresiones literarias de importancia que afectan a estos grandes escritores de esta literatura, de las estrategias que adoptaron para salvar la distancia entre una realidad muchas veces anémica y su verbo colmado, y las contradicciones ideológicas que tuvieron que superar. Una de los más insistentes tópicos de lo que se llamaba antes en todo el mundo y sigue llamándose en Cuba “propaganda imperialista y capitalista” es la desaparición de la buena comida y de los lujos gastronómicos en los países del eje soviético después de la Segunda Guerra Mundial y en Cuba después de 1959.

En Cuba buena parte de los escritores han sido grandes comedores y bebedores a la criolla, con la sobresaliente presencia del gordo Lezama Lima, enfrentado en la historia al flaco Virgilio Piñera. Lezama escribió numerosos artículos y textos sobre comida, desde el primer capítulo de *Paradiso* y la creación del asombroso cocinero mulato Juan Izquierdo, guardián del secreto de las yemas dobles, al definitivo capítulo séptimo, donde se narra el almuerzo criollísimo de doña Augusta, compuesto por sopa de plátanos, soufflé de mariscos, ensalada de remolacha, pavo relleno de almendras y ciruelas y, de postre, una crema helada de coco y piña ralladas, además de las frutas, lo que les hace recordar la polémica nacional sobre las frutas españolas y cubanas, que comienza en el siglo anterior con los poemas de Manuel Justo de Ruvalcaba y aquellos versos que citan los personajes de la novela: “Más suave que la pera / en Cuba es la gratísima guayaba”. Muchos de los que conocieron personalmente a Lezama lo recuerdan sentado a la mesa, robando a los comensales porciones de dulces o pronunciando con deleite la palabra “henchido”, una de sus favoritas. En el caso de Lezama Lima no existen demasiadas contradicciones ideológicas, al fin y al cabo, pertenecía a una familia criolla que mantuvo como pudo, a pesar de la decadencia, algunos arcaicos ritos sociales y gastronómicos. La única incógnita está en cómo pudo mantener su orondo aspecto pese a la escasez que padeció toda su vida y en medio de la sobriedad revolucionaria de sus últimos años. La cena de doña Augusta es justamente una alusión a la burguesía criolla cubana y sus usos y el poeta siempre fue fiel a esta vieja cultura.

Es recomendable al respecto la lectura del excelente ensayo de Antonio José Ponte *Las comidas profundas* donde encontramos de frente una reflexión sobre la comida ante una mesa cubana vacía: “Escribo sobre una mesa de comer. La mesa está cubierta con un mantel de hule, con dibujos de comidas: frutas y carne asada y copas y botellas, todo lo que no tengo. Sentarme a la mesa vacía y tapar con la hoja en blanco los dibujos de comidas y escribir de comidas en una la hoja”<sup>2</sup>. Lezama relaciona frecuentemente la comida cubana con el sexo y utiliza el verbo *incorporar*, esto es, meter en el cuerpo, válido para ambos actos. Ponte escribe: “Lezama Lima tenía un modo especial, personal en muchos casos, de tratar con palabras. Incorporar, sinónimo de amar y de comer, debió de parecer

---

1 Ver, sólo a título de ejemplo, el artículo de Anne Goldman, “‘I Yam What I Yam’: Cooking, Culture, and Colonialism”, en *De/Colonizing the Subject. The Politics of Gender in Women’s Autobiography*, ed. Sidonie Smith and Julia Watson, Minneapolis, U. of Minnesota Press, 1992, págs. 169-195.

2 Antonio José Ponte, *Un seguidor de Montaigne mira La Habana. Las comidas profundas*, Madrid, Verbum, 2001, págs. 58-60.

un raro, caprichoso uso lingüístico en los años en que escribió *Oppiano* Licario, una voluta más de su barroquismo. En la Cuba de los años setenta incorporarse no podía ser otra cosa que volverse sumando de organizaciones políticas, entrar a la obligatoriedad del servicio militar o marchar a cortes de caña. La propaganda gubernamental repetía ese verbo, no ha dejado de repetirlo. [...] Desde su propia hambre, desde la marginación y la pobreza, confió en que el hombre era la boca principal. Soñó que toda la naturaleza servía de apetito al hombre y que, al comer, el bosque le penetraba por la boca”. La literatura es la respuesta de Lezama ante el reto de la comida.

No es el mismo caso el de Nicolás Guillén, tan amigo de comer y de beber como el propio Lezama, si esto es posible, aunque menos sutil al convertirlo en poesía. Guillén, originario de una familia de la burguesía mulata de Camagüey, cuyo padre fue senador liberal y llegó por evolución personal a ser militante comunista y poeta oficial del movimiento revolucionario internacional. Recibió en Moscú el Premio Stalin de la Paz y desde 1959 también fue poeta oficial de la revolución cubana y representante del nuevo gobierno de Cuba con compromisos importantes en su política cultural. Me he fijado en aquellos poemas de Guillén que quedaron fuera de la circulación impresa en sus libros, muchos de los cuales han ido incorporándose a las sucesivas ediciones de su *Obra poética* que ha hecho Ángel Augier —la última de muy reciente publicación en 2002— donde también se incorporan nuevos poemas. Cada exclusión suele responder a distintos motivos más o menos explicables por motivos estéticos y por la coyuntura personal o política, pero es sorprendente la abundancia de poemas en que justamente la comida o la bebida son protagonistas en este grupo de poesía dispersa. Son composiciones, por lo demás, de las llamadas de circunstancia —sin que este calificativo tenga nada de negativo, qué poema no es de circunstancia— pero están escritos al hilo de acontecimientos particulares y concretos, y son poemas casi siempre teñidos de ironía, algunos de ellos simples bromas en verso. Guillén, como poeta oficial que dedica a los temas serios de la justicia social o de la política internacional buena parte de su obra, deja para el desván aquellos otros en los que el humor domina. Al fin y al cabo, toda la literatura culinaria desciende por línea directa de Rabelais. Esta es una primera nota: pocas veces se habla en serio sobre comida. Existe una especie de vergüenza, que a veces esconde contradicciones ideológicas, como trataremos de ver al hablar de este tema.

Hay un soneto escrito por Guillén en Buenos Aires y dedicado a Rafael Alberti, acompañando un jamón que le regaló con el primer dinero de que dispuso, como agradecimiento por su acogida en Argentina, tras su expulsión de Francia. Guillén, que había escrito bastantes sonetos y dominaba el género como pocos, en éste, atendiendo a la comunicación entre amigos, se libra a sí mismo de toda retórica revolucionaria y maneja la estrofa clásica con notable dominio y gracia. El soneto a Rafael Alberti dice así:

AL POETA ESPAÑOL RAFAEL ALBERTI,  
ENTREGÁNDOLE UN JAMÓN

Este chanco en jamón, casi ternera,  
anca descomunal, a verte vino

y a darte su romántico tocino  
gloria de frigorífico y salmuera.

Quiera Dios, quiera Dios, quiera Dios, quiera  
Dios, Rafael, que no nos falte el vino,  
pues para lubricar el intestino,  
cuando hay jamón, el vino es de primera.

Mas si el vino faltara y el porcino  
manjar comerlo en seco urgente fuera,  
adelante, comámoslo sin vino,

que en una situación tan lastimera,  
como dijo un filósofo indochino,  
aun sin vino, el jamón es de primera.

Rafael Alberti, también aficionado a la buena mesa, como no podía ser menos, contestó con otro soneto igual de enjundioso anunciando la existencia de vino para probar esa pierna, y no sólo de vino, también apareció una misteriosa botella de champaña, y unos huevos fritos con patatas para tomárselo todo convenientemente, en un divertido juego en que ambos se olvidan, siquiera por un momento, de los avatares y los dolores del exilio y de la lucha revolucionaria.

#### AL POETA CUBANO NICOLÁS GUILLÉN, AGRADECIÉNDOLE UN JAMÓN

Hay vino, Nicolás, y por si fuera  
poco para esta nalga de porcino,  
con un champaña que del cielo vino  
hay los huevos que el chancho no tuviera.

Y con los huevos, lo que más quisiera  
tan buen jamón de tan carnal cochino:  
las papas fritas, un manjar divino  
que a los huevos les vienen de primera.

Hay mucho más, el diente agudo y fino  
que hincarlo ansiosamente en él espera  
con huevo y papa, con champaña y vino.

Mas si tal cosa al fin no sucediera,  
no tendría, cual dijo un vate chino,  
la más mínima gracia puñetera.

No sólo en esta broma poética de Guillén se ocupa por la comida, hay numerosas composiciones que muestran su glotonería y su alegría ante la mesa. Hay una epístola, incluida en *La paloma de vuelo popular*, escrita también en el exilio, esta vez en París, y dedicada “A dos amigas cubanas que invernaban en Palma de Mallorca”, lo cual es como una especie de “cornucopia cubana” al estilo de Andrés Bello. Guillén echa de menos en el helado París invernal el calor de Cuba y, sobre todo, la comida cubana y se deleita al enumerar a sus amigas los platos de la cocina criolla que no tenía en Europa, citando una larga serie, en la que no olvida el arroz con picadillo, los frijoles, el ajíaco, el arroz con pollo y todas las frutas de la isla. Y escribe, entre otras cosas:

Perdonad al poeta  
 desdoblado en gastrónomo... Mas quiero  
 que me digáis si allá (junto al puchero,  
 la fabada tal vez o la munyeta),  
 lograsteis decorar vuestros manteles  
 con blanco arroz y oscuro picadillo,  
 orondos huevos fritos con tomate,  
 el solemne aguacate  
 y el rubicundo plátano amarillo<sup>3</sup>.

Es en realidad más que una epístola personal y jocosa, que lo es, a través de la acumulación se convierte en una verdadera manifestación de añoranza de Cuba desde el exilio europeo. En el poema, a través de la comida se expresa el poeta más allá de la propia comida. Aunque en este caso encuentre Guillén, de manera distinta que Lezama, una solución que podríamos llamar nacionalista, siempre hay un toque de vergonzoso encuentro con la comida, una especie de necesidad rabelesiana de que toda referencia a los asuntos de comer y de beber estén teñidos por una capa irónica y satírica, como hemos señalado. De ahí la escritura de una epístola familiar en silvas.

Hay algunos otros poemas, muchos de ellos hechos con motivo de comida, brindis y homenajes, que muestran a las claras la afición de Guillén por la mesa. El hecho de que algunos se queden fuera de sus libros oficiales tiene que ver, sin duda, con el tono jocoso de la mayoría de ellas, poco compatible con el carácter oficialista de su poesía. ¿Cómo hablar de comida sin dar a entender que se trata de una broma? Sabemos que, sin embargo, Nicolás Guillén se tomaba la comida en serio y se hacía traer de Camagüey cuando podía el pan de su infancia, le gustaba disfrutar los buenos platos y estableció en la UNEAC un restaurante adosado, una especie de paladar oficial donde no se come nada mal. Comida y revolución. ¿Por qué no incluyó Guillén algunos de estos poemas en sus ediciones? Parece que hay algo contradictorio en presentarse como comunista y a la vez como un gourmet. ¿Acaso no era también algo obsceno enseñar tanta comida a un pueblo

---

<sup>3</sup> Nicolás Guillén, “Epístola”, en *Obra poética*, II, ed. Ángel Augier, La Habana, Letras Cubanas, 2002, págs. 49-51.

que se ha de conformar con su ración de pizza diaria? ¿Es compatible la broma con la seriedad del mensaje revolucionario?

Conocemos algunas cosas de la relación conflictiva entre Guillén y Neruda, camaradas durante años y enfrentados personalmente, y algo más, al final de sus vidas. La cruel ironía que le dedica Neruda a Guillén en sus memorias es respondida a su vez en sus *Páginas vueltas*, con una especie de chiste malo, cuando dice que las memorias de Neruda tenían una errata en el título, en realidad se deberían llamar *Confieso que he bebido*, “lo cual estaría más de acuerdo con los hábitos del chileno”<sup>4</sup>. A Neruda y a Guillén, además de una amistad antigua y el hecho de representar en plena guerra fría las figuras de intelectuales en defensa del comunismo —ambos fueron premios Stalin de la paz—, les unía su afición a la buena mesa y la difícil relación que los poetas comunistas oficiales tienen con la gastronomía, sobre todo con la alta gastronomía. A un revolucionario se le exige cierto estoicismo sano, lejano de los excesos de la burguesía. Pablo Neruda, sin embargo, logra hacer compatibles esas dos tendencias. Es capaz de dedicar odas al vino, al caldillo de congrio, al mercado de abastos y a todos y cada uno de los alimentos y líquidos que le han dado placer sin entrar en contradicciones ideológicas aparentemente, mediante la construcción de una teoría poética de lo elemental. Para él no resulta incompatible vivir estupendamente y proclamar la revolución. Neruda es bien conocido por su afición al buen comer y beber, cuenta en algunos artículos periodísticos y recoge en *Confieso que he vivido* algunas anécdotas en las que tiene mucho que ver el vino, la comida y con la revolución. En el texto de Neruda titulado “El vino y la guerra”, incluido en sus memorias, que muestra claramente las relaciones del poeta con el vino: “Siempre me preocuparon los derroteros del vino, desde que nacía de “los pies del pueblo” hasta que se engrafaba en vidrio verde o cristal facético”. Neruda, en esa historia del vino y la poesía hispanoamericana, dedica unas frases muy interesantes sobre su visión del vino y sobre su gusto por el bien elaborado frente al áspero vino de Parral, que gustaba a su padre y a sus tíos. “Me costó aceptar sus inclinaciones por el vino irrefinado que cae de la pipa, de corazón original e irreductible. Como en todas las cosas, me costó volver de la superación del gusto, del *bouquet* formalista hacia lo primitivo, hacia el vigor. Pasa así con el arte; se amanece con la *Afrodita* de Praxíteles y se queda uno a vivir con las estatuas salvajes de Oceanía”<sup>5</sup>.

Son frases que muestran su gusto por lo exquisito, por lo elaborado, frente a la exigencia de militante en la lucha por los pobres del mundo por compartir sus gustos toscos. Neruda recuerda que en París probó un vino “excelso” —así le llama él— en la casa de Louis Aragon, “un Mouton-Rothschild, de cuerpo perfecto, de aroma inexpresable, de perfecto contacto”, según sus palabras y cuenta cómo cada año recibía Aragon, el poeta comunista, una caja de ese vino, que costaba su sueldo y mucho más, del mismo conde de Rothschild, su productor, en conmemoración de un episodio de guerra en que ambos,

4 Nicolás Guillén, *Páginas vueltas. Memorias*, ed. Nancy Morejón, La Habana, Unión, 1982, pág. 171.

5 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, en *Obras completas*, V. Nerudiana dispersa II 1922-1973, ed. Hernán Loyola, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2002, pág. 669.

el noble y el escritor comunista, combatiendo en la resistencia a la ocupación alemana, salvaron la vida. A Neruda le divierten esas expresiones paradójicas del lujo y la revolución.

Recuerda en sus memorias un episodio curioso en el Madrid de la guerra civil. Los milicianos republicanos habían ocupado el Palacio de Liria, abandonado por los duques de Alba refugiados en Londres. Neruda solicitó visitarlo para ver los tesoros del duque, aunque no encontró más que una gran colección de zapatos, ya que el duque pudo evacuar lo más importante de su colección de arte y de su biblioteca, incluidos sus *goyas*. Sin embargo, en las cocinas seguían trabajando más de cuarenta cocineros, mozos y camareros, ahora para dar servicio a los milicianos que custodiaban el palacio. Neruda almorzó con ellos y le sirvieron como agasajo una de las botellas de la colección del Duque, un *lacrima christi* de cien años, “un vino ardiente, con una contextura de miel y fuego, al mismo tiempo severo e impalpable. No olvidaré tan fácilmente aquellas lágrimas del duque de Alba”, recuerda en sus memorias<sup>6</sup>. Neruda no puede evitar tener gustos tan burgueses o más bien aristocráticos en este caso y disfruta poder compartírselos en esas circunstancias dramáticas.

Un episodio muy significativo de esta vinculación entre los gustos burgueses y los ideales revolucionarios tiene como protagonista a su camarada Ilyá Ehrenburg, uno de los grandes nombres de la cultura y la poesía oficial soviética en la época de Stalin, a quien, al parecer sus quehaceres revolucionarios no le impedían apreciar el buen vino, costumbre adquirida en sus largas estancias en París. Neruda dice de él que era “un epicureísta considerable. No sé si sabía más de Stendhal o de *foie gras*. Porque paladeaba a Jorge Manrique como degustaba un Pommery-Greno”<sup>7</sup>. La anécdota que cuenta es la puesta en venta en Moscú al final de la Guerra unas misteriosas cajas de botellas de vino francés. El Ejército Rojo al parecer las había encontrado en el bunker de Goebbels en Alemania, quien las había saqueado a su vez de alguna noble bodega durante la ocupación de Francia. “Eran gloriosos vinos que tenían en etiquetas especiales sus fechas de nacimiento. Todos eran de origen ilustre y de celebrísima vendimia. Toda la colección ostentaba las cifras de las más supremas cosechas”, escribe Neruda. Con su “mentalidad igualitaria” los soviéticos vendieron las botellas en los economatos moscovitas al mismo precio que el vinazo de fabricación rusa con un límite de botellas por comprador. Neruda, siempre disculpó las manías de los poetas, termina así su texto:

Grandes son los designios del socialismo, pero los poetas son iguales en todas partes. Y, pasándose el soplo, cada uno de mis compañeros mandó a parientes, vecinos, conocidos, a comprar las inesperadas botellas de tan alto linaje. Se agotaron en un día. Una cantidad que no diré llegó a la casa de Ehrenburg. Así fue como en la casa de este irreductible enemigo de los nazis, yo me di el lujo de beber vino de Goebbels en honor de la poesía y de la victoria.

Como se ve, los designios del socialismo y los gustos de los poetas a veces no parecen compatibles, pero siempre son disculpables. Cuenta con cierta malicia Jorge Edwards

6 P. Neruda, *Op. cit.*, pág. 674.

7 P. Neruda, *Op. cit.*, pág. 243.

en *Adiós poeta*, cómo Neruda en alguna ocasión tuvo que disimular sus costosísimos caprichos de poeta, incluyendo el champaña, en su embajada en París, cuando llegaba algún representante del Partido Comunista chileno, para evitar suspicacias, ya que probablemente no iban a entender los alimentos espirituales de los poetas y sus amigos.

El propio Ehrenburg aparece casi siempre en las memorias de Neruda engullendo un fino bocado, cenando diariamente en La Coupule, dándose el gusto de probar peces abisales en el lago Baikal o, durante un viaje común a China, amenazando con volverse a París o a Londres, si no le servían un plato de auténtica comida china. Los organizadores chinos de la visita no podían entender que los poetas prefirieran un pato lacado a la “estupenda”, entre comillas, comida internacional del hotel.

Hay por parte de los militantes comunistas y gourmets una especie de continua referencia a la comida y a cómo se relaciona con la revolución. En una visita de Ehrenburg a Nueva York —recuerda también Neruda en otra ocasión— quiso conocer, como si se tratara de una exhibición folklórica, a un verdadero millonario local, a un enemigo de verdad, representante del capitalismo y del imperialismo, según la propaganda de la época. En su charla sobre el poder militar soviético el millonario le comentó: “No se haga usted ilusiones, nosotros no tememos a sus bombas, a lo que tenemos miedo es a sus cacerolas. A las cacerolas de la Unión Soviética”. “Creo que esto es bastante comprensible —añade Neruda, haciendo análisis político—. Mientras las cacerolas estén llenas, mientras que las ollas estén en las cocinas de los países socialistas, se está probando que un sistema nuevo de economía en el mundo tiene eficacia, tiene éxito, camina. Y el supermillonario tenía mucha razón. Ehrenburg estaba muy complacido de su franqueza”.

Frente a esto, durante toda la guerra fría la propaganda capitalista insistía en la escasez generalizada de comida en los países del Este frente a los intentos de éstos de mostrar la eficacia del sistema poniendo abundante comida encima de la mesa. Tal vez el libro más difícilmente entendido de Neruda sea *Comiendo en Hungría*, firmado junto a Miguel Ángel Asturias. El libro, que aparece como un libro de cocina o un libro de viaje gastronómico, es en realidad uno de los textos de propaganda comunista más curiosos que se conocen. Ambos poetas coincidieron en Hungría en Febrero de 1965 en uno de esos viajes organizados en que invitaban a los escritores para enseñarles las maravillas del nuevo orden socialista en Europa. Además de cooperativas y fábricas, los dos escritores y sus esposas también comieron de lo lindo, hasta el punto de que se dice que enfermaron tras la visita. Aceptaron el encargo de escribir conjuntamente sus impresiones del país en esta nueva fase política porque les gustó la páprika y el vino de Tokaï, pero lo hicieron sobre todo para mejorar la imagen internacional de Hungría a los diez años de la intervención soviética de 1956. Iván Boldodiszar, el prologuista húngaro de la edición del libro de 1969 comenta:

¡Pero qué cosa tan extraña es la reputación internacional, la opinión mundial! Mientras que hace un cuarto de siglo la hambrienta Hungría tenía fama de ser un país donde la gente vivía bien, sobre la saciada Hungría de la actualidad se dice que en ella escasea la comida. No hay por qué negarlo, hasta amigos como los matrimonios Neruda y Asturias se imaginaban que en los restaurantes o en las casas de sus amigos de Budapest les sería servida una especie de comida pública oficial, determinada de antemano, sin olor ni sabor.

Aparentemente es un libro alegre y desenfadado —ya se sabe que cada vez que aparece la comida en un texto la sombra de Rabelais está presente— sin embargo es evidente que se trata de una contribución de dos poetas comunistas para mejorar la imagen internacional de siniestro régimen prosoviético de János Kádár que acabó con la revolución del 56. Creo que si a Neruda o a Asturias les hubieran encargado un libro de propaganda sobre otro asunto no hubieran aceptado pero sobre comida no lo dudaron mucho. Aquí pudieron al mismo tiempo conciliar su espíritu revolucionario con su glotonería. En el libro también aparece el nombre de Alberti, quien expuso a Neruda en una ocasión toda una teoría sobre los poetas gordos y los tiempos que corren. “Según Rafael —escribe Neruda— ésta es la época de los poetas gruesos como él, como Nerval, como Guillevic, vates de buen apetito como Eluard, y siempre capitanes o corifeos del vino. El tiempo de los pálidos y delgados portalaras fue el siglo XIX con la lira desnutrida que suspiraba en forma sublime”<sup>8</sup>. Por otra parte el texto recoge ese aire revolucionario necesario para justificar un libro como ese, la comida feliz como final perfecto de la revolución y símbolo de su éxito. Leemos al comienzo: “Está de moda comer! Con piedra y palo, cuchillo y cimitarra, con fuego y tambor avanzan los pueblos a la mesa. Los grandes continentes desnutridos estallan en mil banderas, en mil independencias. Y todo va a la mesa; el guerrero y la guerrera. Sobre la mesa del mundo, con todo el mundo a la mesa, volarán las palomas. Busquemos en el mundo la mesa feliz. Busquemos la mesa donde aprenda a comer el mundo. Donde aprenda a comer, a beber, cantar! La mesa feliz”<sup>9</sup>.

En *Comiendo en Hungría* —“libro feliz”, premeditado y escrito mientras se come— se reúnen textos en prosa y verso de ambos escritores, además de algunos recuadros que amplían los textos, como uno dedicado al origen de la páprika, fotografías y otros materiales. Se trata de un libro colectivo que en la España de Franco se disfrazó de libro de cocina, con una vaga referencia en la portada a ambos poetas y la hábil aparición de mantel, cuchara y tenedor en la pasta. Podría parecer un libro sin misterio, una diversión, como algunos críticos lo consideran dentro de la obra de ambos poetas, sin embargo, la carga de profundidad del libro está en su función propagandística en el contexto de la lucha de bloques, que en los años 60 estaba más tensa que nunca. El libro es parte del aparato de propaganda comunista. Es sintomático el hecho de que apareciera al mismo tiempo en cinco idiomas —castellano, húngaro, francés, alemán y ruso—, con acuerdos editoriales de cierta entidad, como el de Lumen en España con la editorial Corvina de Budapest: “*Comiendo en Hungría* ejerció su acto social dentro de un escenario internacional dominado por las ideologías en pugna y en el que abundaban estas paradójicas y extrañas alianzas, características del clima altamente politizado de la Guerra Fría”, dice uno de los estudios dedicados al libro<sup>10</sup>. Era necesario dar a conocer una visión idílica de un país como Hungría, sometido al sistema comunista, y concentrarse especialmente en la cocina, en las “cacerolas soviéticas” a las que se aludía antes, dando una visión utópi-

8 P. Neruda, *Comiendo en Hungría*, en *Obras completas*, ed. cit., pág. 85.

9 P. Neruda, *Op. cit.*, pág. 79.

10 María A. Salgado, “La confluencia de ajés y páprika: Hungría en el imaginario de Asturias y Neruda”, The University of North Carolina at Chapel Hill, s. d. Cf. Luis Alberto Mansilla, “Asturias y Neruda y comiendo en Hungría”, *Boletín y Cuadernos de la Fundación Neruda*, 38 (1999).

ca de abundancia y de triunfo revolucionario en el aspecto que tal vez más calaba en la opinión pública internacional, la escasez o rutina de la comida comunista.

Tal vez el libro necesite un análisis más pormenorizado, pero alguna de sus páginas, tanto de uno como de otro autor, son antológicas, como la alabanza de *foi-gras* que hace Neruda en un poema memorable o su alabanza a los vinos. Sobre los vinos de Tokai se recuerda al principio del libro un poema latino del Papa Benedicto XIV enviado a la emperatriz María Teresa por su regalo de unas botellas de este vino:

*Benedicta sit terra quae te germinavit*  
*Benedicta mulier quae te misit*  
*Benedictus ego qui te bebo.*

Los turistas que entonces, en 1965, viajaban al Este, turistas muy politizados en su mayoría, sabían que algo que no iban a encontrar allí era comida exquisita. Se tenía asumido que no iban a comer poco más que patatas y jamón cocido, eso sí, mucho caviar en la Unión Soviética. La propaganda capitalista insistía en el detalle —como aún se hace respecto a Cuba en los Estados Unidos— para convencer al mundo del fracaso y la maldad de un sistema que apenas puede dar de comer a sus habitantes. El gobierno húngaro quería contrastar propaganda con propaganda y encargó a estos escritores de prestigio que hagan una exhibición de platos, manjares y bebida, para mostrar al mundo capitalista que también se puede comer bien en un país comunista.

Tanto Asturias como Neruda por fin pudieron conciliar aquello que tan evidentemente funcionaba como una contradicción. Como lo sigue haciendo para los muchos excomunistas y comunistas en activo que todavía sienten una interior contradicción entre sus gustos y su ideología. Algo que tematizan de manera perfecta las novelas de Vázquez Montalbán. La comida abundante, la gula, también servía como propaganda de sus intereses políticos. Cuando he leído recientemente este *Comer en Hungría*, en el último tomo de las *Obras completas* de Neruda editado por Hernán Loyola, me he acordado inmediatamente de Cuba y de Guillén y de aquella canturía campesina, y de la mesa llena y de los platos colmados y de las consignas; y también me he acordado de una botella de vino de Valdepeñas bebida en La Habana en casa del escritor Pepe Prats y su esposa Maruchi, que preparó pacientemente con el poco gas que llegaba un arroz con langosta aquella noche habanera, en que hablamos, como no podía ser de otra forma, de Lezama, de comida y de poesía. A ellos dedico estas palabras sobre comida y propaganda